

Reproducido en www.relats.org

**LECTURAS SOBRE EL FUTURO
DEL TRABAJO DESDE EL PASADO**

DISTOPIAS DE CUATRO AUTOREES

Ramón Cotarelo

Notas publicadas en el blogspot del autor

Cotarelo dirige la colección de libros Utopías de la Editorial Aikal, en la cual se publicaron las obras aquí comentadas, de las cuales en algunos casos ha sido traductor.

I. GEORGE ORWELL

1984 (1948)

Hoy es el primer día de los dos que la Fundación Andreu Nin dedica a conmemorar el aniversario de Orwell

A veces la obra se come al autor. No es que sea, según reza el adagio, hombre de un único libro. Puede haber escrito

otros, pero están en un segundo o tercer o cuarto plano. Es el caso de Cervantes, Dante, Montaigne, Flaubert, Sterne, Mann, Proust, Clarín, etc. Orwell es el autor de *1984*. Mucha gente conoce también *Animal Farm*, sobre todo por el cine y algunos menos *Homenaje a Cataluña*. Y poco más. Atribuirle luego *The Road to Wigan Pier*, *Up and Down in Paris and London*, *Coming Up for Air* o *Keep the Aspidistra Flying*, entre otros, es para especialistas.

Es *1984*. Lo cual explica lo curioso de los aniversarios orwellianos. García Gual y yo publicamos el libro justo en ese año que, en realidad, era el aniversario de un título. Y este homenaje es otro aniversario, el trigésimo, en 2014. No suele conmemorarse el nacimiento o la muerte del autor, sino el aniversario del título de su obra y eso que, en realidad, este se debió a un puro azar.

Escrita en 1948 y queriendo Orwell ponerle un título que señalara el futuro, invirtió el orden de las dos últimas cifras. Habiendo nacido en 1903, quizá tuviera esperanza de llegar a verlo. Falleció dos años después.

En realidad, *1984* es todos los años. El mundo espantoso que crea está siempre delante de nosotros, como el horizonte.

Es la proyección del miedo que nos tenemos a nosotros mismos, a nuestras obras, a nuestra naturaleza.

Es el miedo a la dominación totalitaria que puede surgir de los avances tecnológicos.

El núcleo de la distopía, como dicen los expertos.

Todo el mundo identifica el Ingsoc y Eurasia con la Unión Soviética, con el estalinismo y, en plena guerra fría, el aviso sonaba muy verosímil.

Muy probablemente la obra sintetizaba el totalitarismo comunista y el nazi, derrotado unos años antes. Pero la crítica apunta casi exclusivamente al estalinismo. Las experiencias de los años treinta y, sobre todo, la guerra de España y la peripecia del POUM fueron determinantes en la concepción del libro.

Pero Orwell fue más que el brigadista internacional que desenmascaró el estalinismo y, de paso, dejó un inolvidable homenaje a Cataluña.

Fue también un típico escritor de entreguerras, uno de la generación de los Isherwood, Connolly, Spender, Hemingway, Döblin, Dos Passos, Brecht, Jünger, muchos de los cuales vieron ascender los totalitarismos y decidieron coger las armas en su contra o, en algún caso, a favor.

Pero, además de la barricada, que luego derivaría hacia algo más pacífico y llevadero, llamado el "compromiso del escritor", Orwell también se pateó la calle y el mundo experimentando directamente aquello sobre lo que después escribiría.

Nada de torre de marfil: fue oficial de policía en Birmania, trabajador en el norte de Inglaterra, profesor de medios pelos, librero, vagabundo en París, combatiente en la guerra de España, locutor de la BBC. Seguía su modelo literario más apreciado, especialmente Jack London.

Así que su obra es crónica y es literatura, rezuma vida y eso es lo que da a *1984* gran atractivo.

Mucha gente la empareja con *Un mundo feliz*, de Huxley. Fuera más justo hacerlo con *El talón de hierro*, de London y, desde luego, con *Nosotros*, de Zamyatin.

Pero su fábula gana siempre en que, a pesar de ser una construcción utópica es menos alambicada y mucho más realista.

II.SAMUEL BUTLER

Erewhon (1871)

Samuel Butler, hijo de un clérigo anglicano que iba a su vez para clérigo, pero decidió orientarse en otra dirección, fue un hombre extraño. Sometido a malos tratos continuados desde la infancia, creció en el odio a la familia, institución básica de la sociedad victoriana y, por extensión a esa sociedad. Pero en sí mismo era un victoriano porque aceptaba casi todas las demás convenciones. Es decir un "victoriano antivictoriano" que, en el fondo, he empezado a pensar fue lo que le pasó a mucha gente de aquella época.

Por ejemplo, aunque no haya pruebas incontrovertibles, es bastante probable que Butler fuera homosexual. No se casó jamás, aunque alimentó ciertas ilusiones matrimoniales durante largo tiempo en una amiga que falleció sin ver consumados sus deseos; convivió toda su vida solo con hombres, especialmente con dos, uno de joven, Charles Paine Pauli quien, en cierto modo, lo explotaba y, ya en la edad madura, Henry Festing Jones, que fue su albacea literario; sus obras rebosan observaciones sobre los físicos masculinos, mientras que su tratamiento de los femeninos es bastante incoloro; es el autor de la idea de que los *Sonetos* de Shakespeare, en realidad, hablan de un amor homosexual. Pero él, Butler, vivió esa supuesta

homosexualidad como algo vergonzoso o delictivo, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que fue contemporáneo de Oscar Wilde y pudo contemplar lo que sucedía en estos casos.

Erewhon ("Nowhere" más o menos al revés) es una utopía que oculta celosamente su emplazamiento si bien es bastante conocido pues se encuentra en Nueva Zelanda, a donde el joven licenciado en lenguas clásicas por Cambridge emigró en sus años mozos para hacer fortuna con el ganado lanar, cosa que consiguió.

Y de Nueva Zelanda se trajo Butler a su amigo Pauli, mucho dinero, una extraña relación de amor/odio con Darwin y unos artículos y ensayos que, luego, algunos años después (hacia 1871), se convirtieron en esta curiosa utopía de una sociedad muy desarrollada pero en la que no se emplea la tecnología ni las máquinas que fueron destruidas en el pasado por ser una amenaza para los erewhonianos.

La idea gustaría más tarde a algún filósofo francés que, como Deleuze, hablará de ciertas nociones "erewhons". De hecho, tres de los capítulos de *Erewhon* tienen existencia propia bajo el título de *El libro de las máquinas* y en él se da vida a su fantasía de unas máquinas capaces de evolucionar según la teoría de Darwin y ser una amenaza para sus creadores.

Butler dejó una copiosa obra en otros campos pero quizá lo más característico sea su novela autobiográfica, *The Way of All Flesh* (más o menos traducible como *El destino de todo ser humano*), con una denuncia tan descarnada y directa de la sociedad victoriana que, siendo hombre pacífico, no quiso que se publicara en vida suya y es obra póstuma. También muy crítica con la hipocresía victoriana es *Erewhon*, pero no debió de parecerle tan agresiva al ser utópica.

Es curioso, sin embargo, que Butler volviera sobre el tema y escribiera una segunda parte de *Erewhon* veinte años más tarde, un *Retorno a Erewhon*. En lo que se me alcanza es la única utopía que recurre a este procedimiento de los "veinte años después", como *Los tres mosqueteros*. Y, por cierto, igual que aquella está escrita en primera persona, también lo está la segunda pero, ahora, el protagonista, el viajero que vuelve a Erewhon, ya no es él, sino el hijo que nunca tuvo.

Y solo gracias a este hijo inexistente nos enteramos en la segunda parte del nombre del protagonista de la primera, que olvidó dejárnoslo por escrito: Higgs.

III. LOUIS MERCIER

El año 2440 (1770)

El año 2440, se publicó por primera vez en 1770 y llegó a tener numerosísimas ediciones que, por cierto, el autor -un prolífico *Tostao* francés, verdadero adicto a la pluma- fue alargando de edición en edición, de forma que lo que empezó siendo un volumen, acabó en tres.

Es uno más de los numerosos rasgos peculiares de esta obra. Otro es que no solamente es una utopía sino una ucronía.

De hecho, la primera ucronía de la historia pues, aunque se conocen otras dos oscuras anteriores (una del siglo XVII), son de muy inferior calidad.

Mercier puede llevar con orgullo este título de ser el príncipe de un género nuevo o subgénero de la utopía que luego ha tenido muy ilustres cultivadores (como Washington Irving,

Mark Twain, Herbert G. Wells, Edward Bellamy, George Orwell, Ray Bradbury, Edmund Abot, etc) hasta la pléyade de escritores de ciencia-ficción, pues este género es básicamente ucrónico.

La base argumental es sencilla: un escritor francés ilustrado, amigo de ilustrados, seguidor acérrimo de J. J. Rousseau, se duerme en el París de 1770 y se despierta en la misma ciudad 670 años más tarde.

Las cosas han cambiado un poco y él va tomando conocimiento de ellas al modo canónico que el género utópico estableció ya desde la primera obra que dio nombre al género, la *Utopía*, de Tomás Moro y que, en realidad, es una adaptación del verdadero origen poético y filosófico de esta forma narrativa: la *Divina comedia*, de Dante: un hombre visita un espacio extraño, desconocido, imaginario, nuevo, de la mano de un nativo o un guía que conoce el lugar (o no-lugar), como Virgilio lleva a Dante.

Así observa los cambios de lugares, de personas, ideas, costumbres y va desplegando ante nuestros ojos ese mundo nuevo que él lleva en la cabeza y pretende proyectar en la realidad para que, como sucede siempre con las utopías, porque tal es su espíritu, podamos comprender qué insatisfactorio es el nuestro, cuán criticable, cuán absurdo e injusto.

Para hacer justicia a otra característica de la cultura francesa, se trata de una obra perfectamente parisina, de forma que quienes, además de amar la literatura utópica y la específicamente ucrónica, sean aficionados a París, gozarán con el detallado conocimiento que de esta ciudad tenía Mercier, un verdadero cronista de la villa de la que sabe todo y así lo refleja en su libro: los puentes sobre el Sena, la

Conciergerie, el Louvre, la Académie, el Colegio de las cuatro naciones, etc. Las calles, las costumbres, los lugares, como eran en el siglo XVIII y como las recreaba él 670 años más tarde.

Y, junto a las calles, las gentes, los oficios, las clases sociales, la nobleza, el clero, los literatos, poetas, dramaturgos, filósofos. Y Rousseau, mucho Rousseau, así como Cesare Beccaria, cuyo libro sobre los delitos y las penas está muy presente en esta obra a la hora de reflexionar sobre la justicia, los procesos, las condenas y la pena de muerte. Todo muy relacionado con el tiempo en que vivió, la época pre y postrevolucionaria. Mercier entró en La Bastilla al asalto el 14 de julio y, siendo luego girondino y no favorable a la ejecución de Luis XVI, estuvo preso por el Terror y a punto de ser guillotinado por su amigo Robespierre, destino aciago del que se salvó porque la cuchilla segó antes la vida de aquel. Un hombre rebelde, revolucionario, se decía, en tiempos conservadores y conservador en tiempos revolucionarios.

Y, de París, al amplio mundo. Mediante un ardid literario, Mercier informa a sus contemporáneos de cómo serían las otras naciones y continentes 670 años más tarde: Inglaterra, Alemania, Rusia, España, la China, el Japón, la India, el África y América entera, en donde un esclavo negro, en valiente insurrección, emanciparía el continente entero, en una especie de premonición de la obra de Toussaint L'Overture.

Por supuesto, un libro explosivo, de crítica mordaz que hubo de editarse en el extranjero, especialmente en Inglaterra porque en Francia estaba prohibido.

Y, si en Francia estaba prohibido, en España cabe imaginar: prohibido, encarcelado (sí, sí, encarcelado el libro bajo orden de la Inquisición) y quemado en la plaza Mayor por mano de verdugo, según lo dispuesto en tres reales cédulas.

Por si alguien cree que exagero, copio textual del prólogo que le ha puesto María-Luisa Sánchez Mejía que sigue en esto el estudio de J. A. Alexandre "El año 2440: el poder regio y la Inquisición contra la utopía", publicado en 2006 en Dykinson, Madrid, porque se vea qué país hemos heredado: "Y aún hubo una Real Cédula, el 17 de marzo (de 1778), para fijar los castigos a quienes desafiaron la prohibición de comerciar con esa obra y para ordenar la entrega al verdugo del único ejemplar conocido hasta la fecha. Con gran observancia de las normas, el 30 de marzo el libro fue trasladado desde la cárcel real a la Sala de Alcaldes de Corte y, al día siguiente, custodiado por el alcalde hasta la plaza Mayor, entregado al escribano mayor de la Sala que, a su vez, lo puso en manos del verdugo. El pregonero leyó dos veces el texto de la Real Cédula para que todos conocieran las razones del acto que iba a tener lugar a continuación. En presencia del alcalde, de un oficial de la Sala y de dos alguaciles, el libro fue quemado hasta ser reducido a cenizas, según consta en el acta correspondiente."

Una digresión a propósito, esto de quemar libros es vieja costumbre de todas las épocas y condiciones. Todo el mundo se horroriza de las piras que organizaron los alemanes en la Kurfürstendamm en su época de barbarie, pero casi nadie, que yo sepa, ha dicho que la purga de la biblioteca de don Quijote, al comienzo de la novela, es otra penosa muestra de esta peregrina forma de ajustar cuentas con lo que no nos gusta. Es verdad que el episodio cervantino es imaginario y el

de las bestias pardas muy real, pero comparten un elemento: el fuego, elevado después a metáfora en *Fahrenheit 451*.

Era solo una digresión. Recupero mi narrativa. El libro fue quemado en España porque, entre otras cosas, condena a nuestro país por las barbaridades cometidas en América y, además, le niega el perdón que, sin embargo, si concede a los otros Estados europeos culpables también de crímenes en el Nuevo Mundo.

Y no solo fue quemado. Jamás se tradujo ni se editó. Solo se cuenta una traducción publicada en México en los años ochenta del siglo pasado. En España, jamás.

IV. ETIENNE CABET

Viaje a Icaria (1840)

El tiempo de las vacaciones es siempre tiempo de lecturas. Del socialismo utópico al socialismo científico, leíamos en su tiempo, pero realmente apenas hablábamos del primero. En un tiempo como el que nos toca vivir, recobrar el gusto por leer a los primeros socialistas del capitalismo triunfante es un ejercicio mental muy agradable y conveniente. Ahí van algunas notas sobre el proyecto de Icaria y su creador, el escritor comunista Étienne Cabet.

Con la expansión de la sociedad moderna, liberal en lo político y capitalista en lo económico, se multiplican las visiones de una nueva sociedad, las utopías del futuro. Una de las que tuvo mayor éxito fue *El viaje a Icaria* de **Étienne Cabet** (1840), que prefiguraba una sociedad comunista, sin dinero, en una ciudad arquitectónicamente diseñada en

geometrías nítidas, y en donde el trabajo era la base de la riqueza y de la distribución de los bienes en un mundo sin explotadores ni explotados. Pero el interés de la utopía consistió en que, popularizado el texto de **Cabet**, el viaje a Icaria se concretó en organizar expediciones para construir colonias icarianas en el nuevo mundo: Norteamérica. Una versión laica de la tierra prometida que procuraba la huida de un mundo real en el que vivir era un suplicio atroz.

Icaria es la utopía (in)creíble. Para los burgueses y las élites emergentes de su tiempo el carácter ilusorio del proyecto era evidente. Lo dijo el tribunal que condenó por estafa a **Cabet** en su actividad de conseguir miembros para las expediciones hacia las colonias de la igualdad.

“Considerando que se deduce del diario y de las piezas de convicción,(...) Cabet planteó las bases del contrato social para su comunidad de Icaria, y declaró que los principios generales de esa Comunidad estaban consignados en su obra titulada Viaje a Icaria;

Considerando que esa obra (...) representa en el Capítulo primero a Icaria como una segunda Tierra prometida, un Edén, un Elíseo, un nuevo paraíso terrestre (...) que en el capítulo trece muestra la infancia feliz y sin trabajo, la virilidad sin fatiga y sin preocupación, la vejez llena de fortuna y sin dolor, con ancianos que viven casi el doble de la existencia humana normal; que en el Capítulo quinto declara totalmente resuelto el problema de la igualdad social; que en las demás partes de la obra se dedica principalmente a describir las maravillas, las magnificencias, las prodigalidades, las delicias de Icaria;

Considerando que al presentar así como realizable una

empresa imaginaria y al presentar un cuadro tan atractivo de delicias quiméricas, Cabet se ha propuesto con toda evidencia abusar de la confianza de terceros para arrastrarlos a formar parte de la Sociedad formada por él (...)”.

Los jueces del tribunal expresan el juicio inapelable de cualquier burgués de la época. Es impensable concebir una sociedad alternativa a la actual, cualquier proyecto de organización social y política diferente al capitalismo triunfante es ilusorio. Por eso quien sostenga ese sueño emancipatorio debe ser consciente de su radical imposibilidad, por lo que el proselitismo sobre las utopías anticapitalistas constituye una estafa a espíritus ignorantes. “Manejos dolosos” – dirá la justicia – destinados a abusar de la confianza de la gente humilde. Manipulación de una creencia de la que se sabe con seguridad que no puede suceder, que, en un sentido literal, no tendrá lugar.

Sin embargo Icaria se levanta, primero en Texas, luego tras varios avatares, en el abandonado templo de los mormones en Nauvoo, en Illinois, a orillas del Missisipi. No es el paraíso, sino un “laboratorio” que implicará “la transición del viejo mundo al nuevo mundo” forjado con los “elementos necesarios” para edificar un Estado donde reine la fraternidad, “la ciencia, las artes y la industria”. Es la fundación de una república que presupone la organización de un trabajo que ha sido devuelto a sus sujetos, los trabajadores, y a un fin, la práctica de la fraternidad como “dicha común”. Lo cuentan las cartas de los icarianos en 1849.

“Aquí ya no ha patronos que procuren un máximo de producción explotando nuestras fuerzas y nuestra salud. Imaginad una sociedad de más de 200 obreros y obreras de todas las profesiones coordinados por directores elegidos por ellos mismos. Imaginad que todos estos trabajos están organizados en forma tal que todos ellos emplean útilmente su tiempo. Todos trabajamos con inagotable vigor, y hoy que hacemos todo por amor a la humanidad y no por amor al dinero, nuestro deseo de trabajar ya no tiene límites”.

Es una utopía familiar y modesta, con redistribución de funciones entre todos los oficios, de forma que los “considerados propios de hombres desheredados”, lo desempeñan de forma igualitaria “los más notables por su inteligencia, su valor moral y cultura de espíritu”. El dinero se ha olvidado y la prodigalidad de la naturaleza se une a la solidaridad humana. El mensaje que se dirige a los candidatos a ser nuevos colonos icarianos señala esa idea.

“Nuestra sociedad no es más que una colonia de trabajadores (...). Entre nosotros encontrarán el amor fraterno, para con ustedes, para con sus mujeres y niños, el más tierno afecto que pueda inspirar una doctrina tan bella como la nuestra. No les proponemos compartir las privaciones, pues no las tenemos. Nuestras fatigas, trabajamos tanto como podemos, pero nadie muere de cansancio entre nosotros. Nuestra vida es frugal, activa. Eso es todo. No somos ricos pero tampoco somos pobres”.

La república de Icaria se fortalece en esa sencillez, y su impulso permanece en el tiempo, a pesar de las grandes crisis – las “disidencias” – que sufre el proyecto. La reformulación del ideario icariano, la propuesta más presidencialista de dirección del mismo y la flexibilización de la posibilidad de devolución de una parte de los capitales entregados a la causa, jalonan las divergencias de los socios y sus disidencias, en especial la de 1855-56 que culmina con la muerte del fundador, **Étienne Cabet**, de una apoplejía. Divididos definitivamente en dos grupos, la “mayoría roja” de éste grupo deja Nauvoo y se instalan en Corning (Iowa), donde, a su vez, en 1877, esta comunidad sufrirá la nueva disidencia de los “Jóvenes icarianos”.

Más allá de las vicisitudes históricas que recorren la existencia concreta de estas comunidades icarianas, lo relevante es destacar que en su propia descripción, el proyecto lleva una paradoja que anula su proyección real. Icaria no puede ser un lugar, una colonia en alguno de los territorios de Estados Unidos o en cualquier otro espacio abierto. Es un anhelo de transformación de lo cotidiano y una reacción frente a no poder vivir en ese escenario. Icaria es una promesa de revolución en el mundo capitalista y liberal, de construcción de la república democrática y socialista de los trabajadores, que pospone su cumplimiento por un espacio libre, una nueva frontera y una tierra virgen donde no existan “almas envilecidas por la antigua organización social” de la explotación humana y del sufrimiento del pueblo.

El tiempo de la utopía de la república de Icaria es el tiempo de la creación de figuras-tipo de la emancipación y de construcción de una nueva subjetividad colectiva en lo político y en lo social que rompa la dominación capitalista, y que por tanto se enlaza con las estrategias políticas e ideológicas que han dado sentido al pensamiento emancipatorio europeo en el siglo XIX y a las realizaciones políticas del siglo XX en el campo del socialismo. Es un tiempo que se reapropia de significados de futuro y les asigna capacidad para constituirse en realidad, en una apertura a otra organización social compleja que impida la explotación violenta del trabajo y la desigualdad más radical entre las personas.

Hoy, como los magistrados que condenaron por estafa al autor de *Voyage en Icarie*, se tiene la convicción de que no es posible otro mundo alternativo al actual.

En la crisis que radicaliza las pulsiones de apropiación desigual de la riqueza e impulsa a la pobreza y a la desprotección social a cientos de millones de personas en el planeta, no hay espacio para concebir una colectividad futura liberada de la explotación del trabajo y del medio ambiente.

Las pequeñas utopías moderadas que se encuentran en circulación hacen referencia a un modo de civilización – el europeo, por ejemplo – que no quiere ver desaparecer los derechos sociales, pero en las que el trabajo, y ante todo el trabajo explotado, precario, fragmentado en diferentes desigualdades y en la intermitencia entre el no-trabajo y el trabajo sin derechos, se entiende como un ámbito inmune a la

intervención democrática e intangible para la acción política, incapaz de ser gobernado colectivamente.

Reivindicar por tanto el tiempo de las utopías y de las estrategias de constitución de una organización social igualitaria y radicalmente democrática, que ponga fin a la explotación y al sufrimiento humano y acabe con la apropiación desigual de la riqueza en el mundo, es importante. Demostrar la indecencia presuntuosa de quienes - como los jueces franceses que condenaron a **Cabet** - mantienen la imposibilidad de un mundo mejor y diferente al existente, es oportuno, porque permite simultáneamente la posibilidad de afirmar un dominio colectivo del porvenir basado en las figuras reales de la emancipación de los seres humanos.

Nota aclaratoria: Los textos entrecomillados sobre las declaraciones de los miembros de la República de Icaria o de la sentencia del tribunal de 1849, han sido entresacados del capítulo 12 de la obra de **Jacques Rancière**, *La noche de los proletarios (Archivos del sueño obrero)*, Editorial Tinta Limón, Buenos Aires, 2010, pp. 425 ss. La obra *Voyage en Icarie* tuvo una repercusión muy importante en Europa, y en concreto en España, a través de su temprana traducción en 1846 y 1848 por **Narcis Monturiol**, creador de La Fraternidad. Pese a constituir un libro que exaltaba la utopía comunista, pero sin reivindicar la metodología de la violencia o de la insurrección – o precisamente por ello – tuvo una gran influencia en el republicanismo barcelonés, con personajes como **Abdó Terrades**, compañero y amigo de **Monturiol** y está documentada asimismo la incidencia de sus descripciones arquitectónicas sobre la ciudad comunista en

los trabajos de **Ildefons Cerdá**, que denominó al barrio de Poble Nou como Icaria en 1855. Algún tiempo después, un libro de un catalán fundador del Parti Comuniste Catalá, **Josep Soler Vidal**, “Pels camins d’Utopia” (México, 1958), reconstruiría la peripecia de la república de Icaria.